

Luz en las Tinieblas

¡Su dicha sería perfecta, inefable! Hasta ese momento había tenido casi todo lo que un hombre próspero y enamorado podía desear: una esposa bella y buena a quien amaba mucho y con quien se entendía maravillosamente; una profesión que le proporcionaba muchas satisfacciones; una posición social y económica envidiable; y un hermoso hogar, en la amplia y cómoda mansión solariega que recibiera de sus padres como único heredero.

Sí, el Dr. Ramón Menéndez tenía todo lo que la vida puede ofrecerle a un mortal en este mundo, todo... menos un hijo. Ambos lo habían deseado y esperado durante varios años. Y ahora, mientras se paseaba nervioso en el vestíbulo del sanatorio, esperando, trataba de dominar su ansiedad y distraer sus pensamientos, evocando el pasado y los innumerables incidentes deliciosos o serios vividos junto a la incomparable y encantadora mujer que estaba en esa sala cerrada para él, sufriendo el trance supremo que los convertiría en padres. De nuevo, para calmarse repetía por centésima vez las frases tranquilizadoras del médico: "Todo saldrá bien. Su esposa está en perfectas condiciones". Luego trataba de dialogar consigo mismo: "¿Será varón, será una nena? Hasta en ese punto hemos coincidido: quisiéramos una nena. Claro que si es un varoncito lo vamos a querer lo mismo".

Por fin se abrió la puerta y salió el médico, tranquilo, ya listo para retirarse. El Dr. Menéndez casi corrió a su encuentro.

El médico le dijo sonriendo:

-Como le aseguré, amigo, todo salió perfectamente. Lo felicito. Ya es padre de una hermosa nena.

-Gracias, doctor -murmuró apenas, y trató de hacerlo a un lado para entrar; pero el doctor le palmeó la espalda y dijo:

-No; ya no están en la sala. Las llevaron a la pieza para hermosearlas antes que Ud. las viera. De todas maneras, su esposa estaba todavía muy adormecida.

El joven papá ni alcanzó a oír las últimas palabras, porque ya se dirigía a largos pasos hacia la pieza que ocupaba su esposa. Se acercó a la cama y se inclinó casi con devoción para besar el bello rostro soñoliento. Ella entreabrió pesadamente los párpados y una dulce sonrisa se dibujó en sus labios:

-Es una nena, Ramón -balbuceó-, y se volvió adormir.

El padre se acercó de puntillas a la cuna y contempló arrobado la carita sonrosada y la cabecita donde relucía una pelusa muy fina y dorada... "Será rubia como la madre", pensó. Se veía a sí mismo tan grande y torpe, que ni se atrevía a tocarla. .. Entonces se fijó en un puñito apretado que se asomaba sobre el cobertor de encajes ...

De pronto el puñito se abrió y extendió los dedos diminutos, terminados en uñitas rosadas. Con suma delicadeza colocó esa manecita sobre su palma abierta, y sintió que lo inundaba una ternura tan honda, que casi lloró de felicidad.

¡Ahora sí podía decir que su dicha era perfecta! Acercó la cuna a la cama de su esposa y se sentó allí, cerquita, contemplando a sus dos seres amados. Cuánto tiempo permaneció así, demasiado feliz para moverse, no lo supo ni le interesaba. No necesitaba pedirle nada más a Dios.

Sentía su corazón tan henchido de gratitud por tantos dones recibidos del cielo, que deseaba ser en lo futuro más bueno y generoso con sus semejantes, en prueba de su "agradecimiento"

De pronto su esposa abrió del todo los ojos, lo miró y le tendió una mano. Los dos tenían un espíritu inclinado a la fe religiosa. Les agradaba leer el Sagrado Libro, y él sentía predilección por los salmos. Por eso, en ese momento de inefable gozo besó la mano querida, y repitió con solemnidad y emoción una frase del salmo del Buen Pastor: "Mi copa está rebosando".

-También la mía, tesoro.

La madre se sentía tan bien y la criatura estaba tan sanita y lozana, que el Dr. Menéndez decidió llevarlas muy pronto a casa. Así que en el ínterin se desplegó una actividad extraordinaria, tanto en el interior de la mansión como en el jardín y el parque que la rodeaban.

Era una de esas casas señoriales, antiguas pero de regia estructura, que había pasado de una generación a otra. Estaba situada en un barrio residencial, en un suburbio de la ciudad. El parque, con añosos árboles, muchos de ellos frutales, se extendía en el fondo hasta la otra calle. Allí había un gran portón de entrada y, cerca del portón, una casita sencilla pero decente, donde vivía una joven pareja, Manuel y Julia Olivera.

Manuel cuidaba la propiedad del Dr. Menéndez, y Julia era la mucama principal de la familia. Tenían un hijito de dos años, alegre, retozón, que vendía salud por todos los poros. Era una simpática mezcla de ambos progenitores. Del padre, en cuyas venas corría sangre de color, heredó el cabello negro y rizado, los grandes ojos soñadores y el color apenas oscuro de la piel. Los demás rasgos físicos eran de su madre, una linda criolla de nariz respingada, boca graciosa y ojos brillantes y reidores. Andresillo había convertido ese humilde hogar en un edén.

El Dr. Menéndez contrató provisoriamente los servicios adicionales de varias personas para secundar a Manuel y a Julia en sus respectivas tareas. Y él mismo trabajaba menos horas en su estudio de abogado, para asegurarse de que, aun en los menores detalles, todo ofreciera un aspecto primoroso y acogedor, para dar la bienvenida a la reina del hogar y a la princesita. No hubiera necesitado preocuparse, porque todos estaban contagiados de su entusiasmo y se esmeraban por propia voluntad.

Andresillo, por su parte, desplegaba una actividad infatigable corriendo de la casa al parque y viceversa, tanto como se lo permitían sus rollizas piernecitas, para "inspeccionar" lo que hacían sus padres y abrumarlos con preguntas. Fácil es imaginar la excitación, expectativa y algazara que reinaban en la casa cuando el Dr. Menéndez fue al sanatorio en busca de su esposa e hijita.

Desde ese día, la "princesita" se convirtió en el centro de atracción, no sólo de los padres sino de todo el personal al servicio de la familia. Andresillo, que siempre había gozado de muchos privilegios en la casona señorial, y que podía entrar y andar libremente en todas las habitaciones porque "el Sr. Ramón y la Sra. Carmen" sentían debilidad por él, ahora se pasaba largos momentos contemplando extasiado a esa nena más linda que todas las muñecas que viera en las vidrieras. . . ¡Y era una muñeca viva!

Su momento culminante de júbilo y legítimo orgullo fue cuando la "señora Carmen" le permitió sentarse en uno de los amplios sillones y depositó en sus brazos a ese angelito rubio. Casi no respiraba para no causarle daño... Sin duda desde ese instante nació en su tierno corazón el sentimiento de que nada le proporcionaría mayor felicidad que cuidar, proteger y alegrar a la hijita de los "señores", que desde hoy sería su amita.

La criatura crecía que era un contento y su belleza aumentaba con el transcurso de cada semana. Además se iban manifestando en ella un temperamento dulce y alegre a la vez, y una evidente precocidad intelectual. Sonreía, agitaba con deleite los bracitos y emitía gorjeos de placer en respuesta a las demostraciones de cariño. Podrían haber estropeado su hermosa disposición natural si la madre no hubiera revelado amor pero también sabiduría y firmeza al criarla, si Julia no hubiese estado siempre tan ocupada, y si la profesión del Dr. Menéndez no le hubiese requerido tantas horas fuera del hogar. Naturalmente, la persona que estaba en contacto más íntimo con la nena, era su madre. Para cuidar de su buen desarrollo físico, tenía la ventaja de su profesión de enfermera, aunque no la ejercía activamente desde su casamiento. Pero también vigilaba y estimulaba su progreso mental y la formación de sus hábitos. Por eso empezó a notar, primero con inquietud, luego con creciente ansiedad, algunos detalles extraños... Por ejemplo, su hijita manifestaba una excepcional sensibilidad a los sonidos: le encantaban los sonajeros y cualquier objeto que emitiera tonos musicales. Prestaba atención a las voces de los que la rodeaban y parecía distinguir los distintos pasos de las personas que se aproximaban. Reía jubilosa cuando oía los pasitos rápidos y vigorosos de Andresillo. Pero permanecía impasible ante los colores, por brillantes y llamativos que fueran. . .

La madre ya se había ocupado en ensayar diversos experimentos. .. ¡La verdad era tan terrible que se había resistido por semanas a admitirla! Como su esposo encontraba a su hijita casi siempre dormida, no se había despertado en él ninguna inquietud.

Una mañana, cuando Julia llegó para iniciar sus tareas diarias, la Sra. Menéndez le dijo:

-Julia, tú te encargarás de la casa y de vigilar que Juana tenga el almuerzo a su hora. Dile a Manuel que prepare el coche lo antes posible. Nos llevará al consultorio del médico a mí y a Rosalba. Julia notó que la señora tenía los ojos enrojecidos de llorar... Con la voz quebrada por la angustia, habló:

-Señora Carmen, ha hecho mal en soportar solita su dolor. Como Ud. no me decía nada, yo tampoco me animaba...

-¿Así que te habías dado cuenta de que la nena no ve?

-Señora, ojalá nos equivoquemos las dos, pero así parece . . .

No pudo seguir hablando porque el llanto le ahogó la voz. Ya no eran "la señora" y la mucama, sino dos madres que compartían un gran dolor. Se abrazaron y lloraron las dos. Luego la Sra. de Menéndez se sintió mejor. Una pena compartida es menos penosa.

-No digas nada por ahora. Si mi esposo llega antes que yo, dile que me pareció bien que el médico hiciera un examen general. Aunque es tan sanita, nunca está de más. No hay por qué afligirlo antes de tiempo: él ni lo sospecha.

-Pierda cuidado, nadie sabrá nada por mí. Y tal vez, señora Carmen, el mal no sea tan grave como nos imaginamos.

Desafortunadamente, sí lo era. Después de un minucioso examen, el médico tuvo que confirmar las sospechas bien fundadas de la madre. Era amigo de la familia y le habló conmovido:

-Ud. ya lo sabía, ¿verdad? Pero hay distintas clases de ceguera. El diagnóstico y el pronóstico definitivos le corresponden a un especialista. Buscaremos el mejor, querida amiga. ¿Su esposo ya lo sabe? ¿No? ¿Quiere que me encargue de la penosa tarea de notificárselo?

-No, doctor, gracias; se lo agradezco de corazón; pero es mejor que yo se lo comunique. Ramón no ha sufrido ningún gran dolor en la vida, fuera de la pérdida de sus padres, lo cual no lo tomó de sorpresa porque ya eran ancianos. ¡Pero esto será terrible! A mí ya me tocó muchas veces hacer frente a la adversidad y la aflicción, antes de casarme. Dios me dará sabiduría para que la infausta noticia le sea más soportable. "¡Admirable y valiente mujer!", pensó el médico después de despedirla.

A pesar del tacto con que la Sra. de Menéndez le transmitió la funesta noticia, su esposo quedó aniquilado. Por unos momentos que a ella le parecieron infinitos, temió que el terrible impacto hiciera peligrar su equilibrio mental. Pero cuando aquel hombre fuerte, ecuánime, dueño de sí mismo, escondió su rostro en el seno amoroso de su compañera y estalló en sollozos convulsivos y desgarradores, el llanto de ella fluyó consolador, porque sabía que ese corazón lacerado necesitaba tal desahogo para recuperar su valor. No podemos seguir a los angustiados padres en su larga y penosa odisea hasta convencerse de que la ceguera de su hijita era incurable. De los mejores especialistas de su país, pasaron a los más notables de otro, y de un tercero, y un cuarto. .. Hasta la llevaron a Europa y al gran país del Norte para consultar con celebridades. Cuando el padre se rindió, Rosalba tenía cuatro años.

Durante ese lapso agitado y doloroso, una metamorfosis se había ido operando en el espíritu del Dr. Menéndez. Después de cada diagnóstico desfavorable, su esposa lo veía hermético, con la mirada torva y los labios apretados, imagen viva de la rebeldía y el encono. Parecía haber envejecido: su gallarda figura se veía un poco agobiada de hombros y un rictus amargo en la comisura de los labios añadía años a su rostro antes tan juvenil.

¡El Dr. Menéndez estaba resentido con Dios! No profería frases irreverentes o blasfemas... Sencillamente se abstenía de nombrar al Ser Supremo y jamás leía el Libro Sagrado. Ella en cambio se refugiaba en la plegaria y en las páginas inspiradas, y al ser probada en el crisol de la aflicción recibía diariamente de Dios la fortaleza necesaria, y le pedía sabiduría y tino para que en el momento propicio pudiera pronunciar la palabra o la frase oportuna que penetrara como un rayito de luz en las tinieblas de aquella alma atribulada... Después de esos cuatro años, los Menéndez se establecieron de nuevo y definitivamente en su hogar. Julia y Manuel lo habían cuidado con mucho esmero, como quienes esperaban cada día el regreso de los dueños. El abogado reanudó sus actividades, y su esposa se dedicó con más fervor y devoción que nunca a labrar la felicidad de la cieguita. El regreso de la "princesita" produjo en Andresillo una alegría desbordante. Cuando se hallaban juntos, el diálogo de los niños fluía lleno de animación. Corrían por el parque tomados de la mano y el chiquillo le iba descubriendo todos los lugares encantados y los secretos de diversión: árboles donde se trepaba ágilmente y ayudaba a su amiguita a escalarlos para columpiarse luego en sus flexibles ramas; el gatito de sedosa piel que ronroneaba cuando ella lo tomaba en sus brazos; los trinos de los pájaros que pronto aprendió a distinguir; y sobre todo, el perro de pastor alemán, regalado por un amigo expresamente para la niña.

-Papá y mamá ya lo han educado para que sea tu compañero cuando yo estoy en la escuela. No le tengas miedo: será pronto tu amigo.

Estaba de más la advertencia, porque la niña no le tenía ni pizca de miedo, y como el nuevo "amigo" era un animal manso y enorme, Manuel la hacía montar sobre el perrazo y ella se dejaba conducir con risas jubilosas.

La Sra. de Menéndez presenció un día, desde la galería, los juegos y alegría de los niños, y luego se puso a reflexionar. Cuando el padre llegaba de su trabajo, Rosalba se sentaba en sus rodillas y le contaba los "descubrimientos" y maravillosas aventuras de cada día. ¡Qué parlanchina, contenta y excitada estaba siempre! Rosalba no era una niña sombría. Parecía completamente dichosa. . . El padre la escuchaba encantado y la interrumpía con sus comentarios divertidos. No importaba cuáles fueran sus propios conflictos interiores, cuando estaba con su hijita se proponía hacerla feliz con su compañía.

Pero una noche, cuando la niña se quedó dormida, arrullada como siempre por las palabras amorosas de sus padres, y éstos se quedaron solos, el Dr. Menéndez dijo en voz baja como hablando consigo mismo: "¡Es extraño! Rosalba parece disfrutar de la vida y sentirse feliz como... como si no fuera ciega".

Este era uno de los "momentos propicios" que su esposa debía aprovechar. . . Se sentó en el brazo del sillón, apretó su rostro al de él y con su voz dulce y persuasiva le dijo:

-Es que yo creo sinceramente que ella es feliz. Y nunca he notado que sienta lástima de sí misma. ¿No será que te obstinas en alimentar tu dolor? ¿No sería mejor olvidar nuestra pena y dedicarnos de lleno a labrar la felicidad de ella?

-Tienes razón, mi amor; eres maravillosa. Tú sabes que hay personas testarudas que reaccionan despacio... -y sonrió por primera vez con una de esas sonrisas de antes que a ella tanto la conquistaban.

Como Andresillo asistía a la escuela por la tarde, los dos niños se pasaban las horas de la mañana jugando en el parque y se podían oír sus risas de placer. Antes de dirigirse a la escuela, el chico se aseguraba de que el perro, Leal, estuviera con la "señora Carmen" para que la niña jugara con él cuando despertase de la siesta.

Una tardecita, después de regresar de clases, Andresillo se sentó en la galería junto a Rosalba y Leal. Empezaron a conversar:

-La maestra dice que estoy progresando muy ligero en la lectura. Creo que pronto podré leerte lindas historias de los libros.

-¡Qué bien, Andresillo! ¿Y sabes? Mamita dice que pronto empezarán a enseñarme a leer a mí también -¿y cómo podrás aprender a leer si no ves?

-Porque hay una escritura especial para ciegos: se aprende a leer con los dedos.

-¿Con los dedos? ¡Nunca había oído eso!

-¿No te parece divertido? Tú leerás con los ojos y yo con los dedos.

Y rieron con carcajadas sonoras y cristalinas. ¡Hablaban con tanta naturalidad! Lo más importante era que el doctor Menéndez y su esposa los estaban contemplando y oyendo por una ventana. El abogado rodeó los hombros de su esposa con su brazo y, con voz grave y tensa de emoción le dijo:

-¡Qué egoísta y necio he sido! Tengo luz en los ojos pero mi alma estaba sumida en las tinieblas. ¡Ella tiene luz en el alma pesar de la oscuridad que materialmente la rodea!

La Sra. de Menéndez se enjugó una lágrima de ternura y gratitud a Dios, y le preguntó quedamente:

-¿Ya no estás enojado con el buen Dios?

-¡Cómo! ¿Te habías dado cuenta de eso? eres vidente; casi me das miedo -bromeó, y luego con seriedad-: No, todo eso ya pasó. Estuve hojeando estos días la Biblia, y no hallé que jamás Dios prometiera a sus hijos recorrer esta vida por una senda cubierta de rosas. En cambio encontré que algunos de los personajes más notables sufrieron grandes tribulaciones y aún el martirio; San Juan Bautista, los apóstoles de Jesucristo, Santiago, San Pedro, San Pablo. Y yo quería todas las excepciones en mi favor. Entonces me entró un gran miedo: que si no cambiaba de actitud, Dios podía quitarnos este tesoro; o que, al fin y al cabo, Rosalba se sintiera más feliz con Manuel, Julia y Andresillo que con nosotros.

Así empezó una nueva etapa en la vida de ambas familias, porque todos estaban empeñados en guiar y ayudar a Rosalba para que llegara a ser una ciega buena, útil y feliz.

¡y cosa extraordinaria! Parecía que las explicaciones de Andresillo eran más eficaces que todas las enseñanzas, mucho más pedagógicas, de los mayores, para lograr que los conocimientos penetraran en la mente de la niña, pese a las tinieblas en que vivía. Sin duda se debía a que ambos hablaban el lenguaje de los niños. Además, los dos eran inteligentes y sensibles a todo lo bello. A veces la niña le pedía:

-Andresillo, cuéntame todo lo que ves y lo que nos rodea.

y el pequeño obedecía con gusto y le describía todo con gran entusiasmo. Además, le hacía palpar las cosas.

Parecía saber por intuición que los ciegos desarrollan extraordinariamente los sentidos del tacto y el oído. Y su amiguita lo escuchaba encantada, porque, sin saberlo, este "maestro" sabía darles vida a sus definiciones:

-¿Sabes? Tus padres te pusieron un nombre tan lindo como tú. Mamita dice que son dos nombres: Rosa y Alba. Tus mejillas tienen el color de esta rosa -y le alcanzó una rosada-y tus labios son rojos como ésta -y le entregó otra roja- Tus cabellos tienen el color que el sol les da a las nubes cuando va saliendo de mañanita. Esa hora se llama el alba, como tu segundo nombre. El oro tiene el mismo color de los rayos del sol, y también es brillante como ellos y como tu pelo. Y tus ojos son azules como el cielo cuando está limpio en un día como hoy.

-Andresillo, ¡cómo me gusta escuchar tus explicaciones! Mamita dice que vas a ser poeta.

-Tanto no, pero me gusta la poesía -dijo el niño, halagado.

Pocas semanas después de esta conversación, cuando Andresillo tenía diez años, la fatalidad se detuvo sigilosa en el umbral de aquel feliz hogar, y luego lo traspuso despiadadamente. Manuel cayó enfermo, y como ocurre a veces con personas robustas, el mal lo atacó en forma fulminante. No había antibióticos entonces. A los pocos días, Julia era una viuda desconsolada y Andresillo había quedado huérfano.

Entonces se notó, como nunca, que entre los seres nobles no hay barreras sociales. El Dr. Menéndez se encargó de todas las dolorosas diligencias del caso, como si Manuel fuese su hermano. Y la Sra. de Menéndez habilitó un departamento en su amplia casa e instaló allí a Julia y Andresillo.

Ahora sí que irradiaron al exterior los rayos de luz que alumbraban el alma de Rosalba. Nadie supo consolar al niño como ella.

Un día las dos madres oyeron atónitas los argumentos que la niña usaba para consolar a su amiguito:

-Escucha, Andresillo: el buen Dios es más sabio que nosotros. Sabe por qué necesitamos que nos sucedan cosas tristes. Sabe por qué fue mejor para mí que naciera ciega. .. Estoy segura de que Jesús me quiere mucho, y a ti también. Tú sabes el Padrenuestro. ¿Te acuerdas que dice: "Sea hecha tu voluntad"? Yo creo que la voluntad de Dios es la mejor.

Los niños no olvidan, pero se consuelan antes que los mayores. Rodeado de cariño, y ahora que estaba más tiempo en compañía de Rosalba, Andresillo sintió de nuevo la alegría de vivir.

Una tarde, al regresar de la escuela, se sentaron en la galería, como era ya su costumbre, para conversar. Andresillo veía al empleado que reemplazara a su padre, trabajando en el jardín, y se sentía triste. Rosalba también estaba pensativa, pero sus reflexiones eran de muy distinto carácter. Por fin, interrumpió el silencio:

-Andresillo, tú eres como un hermano para mí: después de papá y mamá eres la persona que más quiero en el mundo. Por eso estaba pensando... ¿Por qué no podemos ser hermanos de verdad? Papito sería tu papá y tendrías dos madres. Ya no me llamarás "niña" sino sólo Rosalba o "hermanita". ¿Estás conforme? Como el niño guardara silencio y ella no podía ver la expresión del rostro de su compañerito, le rodeó el hombro con los brazos e insistió :

-Andresillo, ¿no te parece bien mi plan? El niño no contestó, pero de pronto ella sintió que unas lágrimas tibias humedecían una de sus manos.

-¡Hermanito! ¿Estás llorando? ¿Te disgustaron mis palabras? No quise decir que olvidarás a tu papá, no. Sólo quiero... ¡no sé cómo decirlo! , quiero que seas mi hermano de veras.

-No me has ofendido, princesita. ¡Tú nunca podrías disgustarme! Yo tampoco sé cómo explicarte. .. Lloro porque eres tan buena, y me siento tan contento cuando estoy contigo! Yo también te quiero como si fueses mi hermanita, pero... mi familia es pobre y humilde, y tu familia es muy distinguida, ¿comprendes?

-No, no comprendo nada de eso, y creo que estás diciendo un montón de tonterías. Yo voy a hablar con mis papitos.

Resultó que el Dr. Menéndez y su esposa estuvieron de perfecto acuerdo con Rosalba. Y Andresillo y su madre quedaron definitivamente incorporados a la familia.

Pasaron los años. Los dos "hermanos" realizaron notables progresos en sus estudios. Además de las materias exigidas en los cursos, Rosalba, que tenía un talento musical extraordinario, estudió piano y arpa, y con el tiempo fue reconocida como una eximia arpista. Andrés también tenía don para la música y llegó a tocar magistralmente la guitarra.

Hacía tiempo que Andrés estaba empleado en el estudio del Dr. Menéndez, el cual lo iba iniciando en la profesión, porque el joven había decidido ser abogado como su protector. Cuando terminó los cursos de la enseñanza secundaria, ingresó en la Facultad de Derecho.

A los 18 años, Andrés era un gallardo joven, estudioso, responsable y de una bien definida personalidad, seria y simpática a la vez.

En cuanto a Rosalba, que contaba entonces 16 años, era una jovencita de belleza deslumbrante, de modales tan encantadores y una personalidad tan amable, que conquistaba el cariño de cuantos con ella se relacionaban.

Hacía mucho que tanto el Dr. Menéndez como su esposa habían dejado de angustiarse por "la tragedia de Rosalba". Parecía que, al verse privada de la vista, hubiera recibido del cielo tan abundantes raudales de luz interior, que no sólo iluminaban las tinieblas de su noche perdurable sino que alumbraban también la senda de los demás. Eran rayos de amor, bondad, alegría, desinterés y una disposición natural de gozar de todo lo bueno que le ofrecía la vida. Sabía como nadie disfrutar de los trinos de los pájaros, la fragancia de las flores, la frescura de la brisa, la música suave de la lluvia, el olor a hierba mojada, la serenidad de la noche.. .

También sus padres, y Andrés y su madre, aprendieron a permitir que la luz interior iluminara sus vidas en medio de las sombras del dolor y la aflicción; y este proceso, penoso pero bienhechor, los convirtió en personas comprensivas, generosas y siempre dispuestas a servir al prójimo.